

Valientes

Luis Miguel Moreno Carmenado



Capítulo 1

Debería soñar más, Mr. Wormold. La realidad

En nuestro tiempo es algo que no debe afrontarse.

Nuestro hombre en La Habana.

Graham Greene.

No haremos del mundo un lugar mejor

Pero se lo escupiremos a la cara.

Ganaremos un ratito hasta que bailen los de siempre

dejaremos destapado el tubo de pasta de dientes

quemaremos el Palacio de Invierno

Volveremos a ser valientes.

Miguel Ángel Hernando (*Lichis*).

No sabía que la primavera duraba un segundo.

Joaquín Sabina

I

Las frases que más suele oír un psicólogo, fuera de la consulta, son “yo no creo en los psicólogos” y “seguro que me estás analizando”. Las más frecuentes dentro de su despacho son secreto profesional, pero os daré una pista: si trabajas en un tribunal médico militar, rara vez escuchas

aquello de "tengo un problema".

Bien, pues aquella mañana yo conservaba mi fe en los psicólogos, en parte porque me pagaban por ello –o al menos por disimular un poco- y los problemas estaban a punto de llamarme a voces.

Zapateaba garbosamente por pasillos niquelados. Hospital Militar Conde-Duque, quinta planta: Área de Psiquiatría. Iba recordando una vez más la gran frase: "¿qué carajo pintaba yo en el ejército?" Esa pregunta se repetía tan a menudo como cualquier otra función corporal de mi madre. Bebía, comía, hacía sus cosas y me preguntaba aquello. Mi respuesta nunca resultaba satisfactoria. "Las patologías son más interesantes, mamá".

Ese día tampoco tuve mejor suerte al contestar la dichosa pregunta, aunque reconozco que no lo intenté con verdadero ahínco. En esos momentos había otras dos cosillas que acaparaban un poco más mi atención; la primera, un inesperado informe para la sesión clínica del día siguiente. La otra, el propio estado de nervios de mi compañero, Rafa. Por su propio bien estaba a punto de golpearle firme y reiteradamente. Pero, como he dicho, aquello era la quinta planta, nuestro lugar de trabajo... "nuestro hogar", como imprudentemente dijo el comandante Calvo, jefe de planta.

Aún estábamos a lunes, y se me hacía difícil creer que pudiese llegar al viernes. No era sólo aquel día; era la temporada en general. En casa, las cosas no pasaban por su mejor momento con Rosa. Supongo que la excusa era mi actitud distante, pero es que si no era así, me venía con que coartaba su libertad e impedía su desarrollo como persona. Yo ya le decía que si a los veintiocho años no se había desarrollado, bastante debía preocuparse sin meterme a mí por medio. El caso es que gracias a su trabajo de actriz, a veces disfrutábamos de un merecido descanso mutuo para creer que todo era una cuestión de frustración momentánea.

Descansos como aquel, en que por suerte estaba de gira por Asturias.

Por otro lado, últimamente tampoco podía refugiarme en mi trabajo; para empezar, porque eso siempre me ha parecido una estupidez, y para seguir, por una razón con nombres, apellidos y grado de teniente: Gonzalo Párraga. Acababan de destinarlo al hospital y le habían encargado una sección en desarrollo. El problema es que el tal tipejo, a pesar de su título de licenciado en Psicología, jamás había dado palo al agua. Estuvo destinado en un colegio mayor para hijos de militares, para después acabar de misión humanitaria. Allí, en el culo del mundo, era su ordenanza quien se encargaba de hacer entrevistas, pasar test y corregirlos, de modo que él no tenía ni puñetera idea de aquellas cosas. Se pasaba la mañana en busca de estudiantes para que le enseñaran a utilizar distintas pruebas, y de mí mismo para que le orientase un poco en

aquel marrón que le habían endosado.

Obviamente, yo le huía como al diablo. No sé por qué, pero su perfil no me convencía del todo... y me daba pereza.

Rafa y yo seguíamos caminando por el pasillo, y el nervioso mutismo de mi compañero resultaba cada vez más insoportable. Sin embargo, la naturaleza sensible de éste requería abordar el asunto con tacto.

–Ya me tienes hasta los huevos, ¿sabes? Déjate los deditos de una puta vez y dime qué te pasa.

Silencio y ronchar de uñas.

–¿Me oyes?

–Luego.

–¿Luego?

–Luego

–Pues bueno.

Entramos en la salita y comenzamos a revisar la documentación del informe que nos habían endilgado. A la paciente se le había pasado una batería de test excesiva incluso para una elefanta histérica, lo que significaba que el primer informe era cosa de alguno de los pimpollines de prácticas. Estaba por mandarles preparar la historia para la sesión clínica, pero... qué demonios, la verdad es que aquella mañana casi prefería trabajar antes que lidiar con esos lebreles. Por cierto, que aún no conocía a los estudiantes de mi nueva rotación –cosa que tampoco tenía nada de particular; procuraba verlos lo menos posible-.

Ahí estaba, con toda la mesa llena de papeles y un compañero cuyos tics en alza me ayudaban más bien poco a reprimir mi instinto asesino aquella mañana.

El caso en sí no parecía nada particular.

–Sara Olías Téllez, de diecinueve añitos. ¿Cuándo ingresó ésta?

–Hace dos semanas.

–Mmm... ¿Es la que está buena?

–No –algo me decía que la ceja izquierda de Rafa se tensaba más de lo normal ante alusiones sexuales.

–¿Estás bien?

–¡Como una rosa! –mueca.

–¿Seguro?

–¿Has visto su historia?

La cortina de humo era burda, pero no dejaba de ser nuestro trabajo.

La chica tenía varios ingresos, en general por intentos autolíticos de escasa gravedad, probablemente como llamadas de atención. Ya se sabe, no va en serio pero acojona.

–Viene diagnosticada de las otras veces. ¿A qué viene hacer la sesión con ella?

–Rasgos antisociales, alucinaciones auditivas, fantasías escasamente elaboradas... piensan que es un ejemplo de libro de esquizo paranoide. Quieren que lo vean los chavales.

–Pues bueno, ¿pero por qué quieren que lo vea yo también? Ah, claro, es que me han visto tocándome los cojones... –nuevo movimiento de cejita– Oye, me estás poniendo nervioso; relájate ya. ¿Qué narices te pasa?

–Es por si debemos preocuparnos por un posible suicidio. Las tendencias autolíticas...

–¡Los cojones! Aquí pone que los cortes en las muñecas eran transversales, no longitudinales; es decir, heridas leves que cicatrizan pronto.

–No todo el mundo lo sabe.

–Lo más seguro es que ella sí. Aquí dice que habla mucho de ese libro sobre el suicidio, el que escribió el tío este... Carranza; si te has tragado todas esas recetas para joderte y haces algo así, es que quieres ser la reina por un día.

–Pero una esquizo llamando la atención...

–La de sus padres, sólo la de sus padres. Vale que un esquizo se encierra en casa, pero puede atar férreamente a sus figuras paternas. Al fin y al

cabo, le dan seguridad y un entorno conocido. Además, puede torturarlos cuanto quiera. Llama su atención, ata aún más a sus padres. Y ahora, si ha terminado la lección, ¿me vas a decir qué coño te pasa?

–¿Diagnóstico?

–Esquizo y no se suicida. Ya hemos acabado. Habla de una puta vez.

Mis métodos de persuasión al más puro estilo académico, unidos a estos diagnósticos fugaces, podían dar una imagen equívoca de mí. Suelo ser un gran psicólogo. Al menos durante los veinte o veinticinco minutos que dedico a cada paciente. Eso es lo que tiene ser el encargado de peritajes e informes. Una entrevista, un perfil y listo. Rara vez vuelves a ver a los pacientes, y en los tribunales, si te citan como experto, nadie te discute, y si lo hacen... bueno, todos somos humanos y los test apoyan tu hipótesis.

Mi hipótesis aquella mañana era que mi compañero debía guardar algo realmente interesante –alguna vez tenía que hacerlo-. Sólo le temblaba la ceja cuando mentía o cuando ocultaba algo. Ese día, su ceja parecía un tiovivo.

Al fin arrancó, haciendo todo tipo de contracciones con los escasos músculos faciales que no tenía agarrotados.

–Marcos... tú sabes que yo... soy tu amigo y te quiero; te quiero de verdad –creí que cualquier cosa me aliviaría con tal de que no se tratase de una declaración de amor– .Bueno, a lo que me refiero es a que yo no creo que seas un bastardo amargado.

–Hombre, gracias.

–No, no... en serio, y si te hablo así es porque quiero que sepas que... bueno, yo nunca te haría daño. A mí me gusta jugar limpio.

–Sí, a veces te lavas, es cierto –la broma no era de las mejores, lo reconozco, pero necesitaba relajar el ambiente; me estaba empezando a preocupar. Al muy imbécil no le hizo gracia.

–Ya, ya. En fin, lo que quiero decirte es que... -gesticulación espasmódica, silencio dramático y mi puño apretado para hacerle arrancar- que... ha ocurrido algo entre Rosa y yo.

Mi puño se relajó.

–¿Qué?

–Sí, es así. Ya sé que no lo entenderás, pero las cosas entre vosotros no

funcionaban desde hace tiempo, y tú lo sabes.

Bufidos.

–¿Me estás diciendo que...?

–Ella no quería decirte nada, pero yo no podía verte todos los días y... así... yo no podía, porque soy tu amigo.

–¡Tú lo que eres es un hijo de puta! Rosa es mi... mi... bueno, es mía, vive conmigo, ESTÁ conmigo. ¡Y tú me dices que te las has tirado!

–No... no es eso... joder, dicho así... no es que me la haya cepillado ahí, a lo burro, como si...

–¿Ah, no? ¿Y me vas a contar lo delicado que fuiste?

–Hombre, no creo que debamos hablar de esto.

–¿No? Pues yo sí lo creo.

–Mira, estás muy alterado y así no se puede...

–¿Qué estoy alterado?

–Sí, mírate. Y lo entiendo, pero... No queríamos que pasara. No lo tomes como un complot, porque fue algo espontáneo.

Deseaba estallar, destrozarlo todo, y algo me decía que debía empezar por Rafa. Sin embargo, no podía; no sabía por qué, pero no era capaz. Entonces lo miré y comprendí: no podía porque él era un buen tipo. Así que no le di ningún puñetazo, como esperaba. Estrellé su cara contra la mesa. Fue violento, pero justo. Al ver el alivio que experimenté contemplando cómo rebotaba su cabeza contra el tablero, lo aferré por el pelo y repetí el movimiento otra vez, y otra, hasta que milagrosamente se zafó de mí, tambaleándose, y seguimos la coreografía de mordiscos, patadas y arañazos por el suelo.

De lo que vino después recuerdo más bien poco, excepto alivio, gritos y una sensación extraña que empezaba a drogarme. Algo había reventado, y aún no sabía que sólo era el principio de un desplome general.

II

Me dolía todo. Especialmente el cuerpo, porque la paliza había sido fina. Lo demás... Rosa... Sentía un entumecimiento extraño, como cuando te desgarran y los opiáceos endógenos mitigan el dolor; en otras palabras, los golpes en caliente no duelen. Pero comenzaba a enfriarse.

Tenía una cadena de voces pegadas a la garganta y tarde o temprano iban a saltar. Lo había intentado con ella, que era quien se lo merecía, pero no la había localizado. De modo que ahí estaba, en la cafetería para personal, animando de tapadillo mi triste café con un buen coñac.

Bien visto, y dadas las circunstancias, no estaba tan mal. Al menos parecía sereno. Nunca me ha gustado que me miren los batas-blancas, y obviamente aquello era territorio comanche.

Me encontraba en el mejor momento de la depresión, cuando algo vino a perturbar mi karma dolorido.

—¿Dr. Eloy?

La cara que escupía aquellas palabras parecía aún más aniñada de lo que debía ser. Y la voz, más aguda de lo deseable.

—No.

—Sí, sí que es usted.

—Hay alguno más. No tan guapo, pero seguro que con más ganas de verte.

Por su mueca deduje que las cazaba al vuelo. Era un lince.

—Verá... no quisiera molestarle.

—Pues vas por mal camino. ¿Por qué no te das la vuelta y vas a ligarte algún quesito de enfermería?

—Porque hay algo que me preocupa —su voz se hizo más firme, pero aún no lo suficiente.

—A mí también, así que hoy no creo ser un buen guía espiritual. De verdad, niño, no es un buen momento.

—No lo es nunca, según parece —ahora sí resultó casi un hombre—. No ha aparecido en toda la mañana y los de su rotación vamos dando tumbos por la planta. No es que eso me importe mucho, a mí las horas de prácticas me cuentan de todas formas. En realidad, de lo que quería hablar con usted es de la suicida a la que van a dar el alta.

Parecía que el chico tenía huevecillos. También me cargaba un poco, pero al menos merecía una respuesta. A pesar de las habladurías, nunca eludo discutir un caso, ni siquiera con un crío.

–¿De qué suicida hablas, nene?

–Roberto. Me llamo Roberto. Y le hablo de la suicida a la que vamos a revisar en la sesión clínica de mañana.

–Ah, esa. Como la has llamado suicida... Un suicida está muerto, ¿sabes? Pero supongo que te refieres a la esquizo que va dando sustitos a sus padres para chantajearlos. Un consejo: si quieres hablar de un caso, documéntate.

–Ya lo he hecho. Yo pasé las pruebas e hice un informe.

–Así que fuiste tú, ¿eh?

–Sí.

Confieso que por un momento me interesó.

–¿Y qué te hace suponer que pueda llegar a suicidarse?

–Su historial.

–¿Qué parte de su historial?

–Los intentos reiterados de...

–Ha intentado tímidamente hacerse daño. Pero tú mismo sabes que ha leído lo suficiente como para matarse si realmente es eso lo que busca.

–Sí, pero el control de impulsos...

–Hasta ahora creo que lo ha mantenido relativamente bien, teniendo en cuenta que es una esquizo. Además, ya ha ingresado varias veces, ha estado un par de semanas, se ha ido y ya está. Sus intentos nunca han evolucionado hacia algo verdaderamente alarmante.

–¿Y si evolucionan?

–No es previsible. De hecho, nada hace suponerlo. No puedes tenerla encerrada eternamente. Hasta ahora ha reaccionado bien con la medicación.

La conversación iba calmándose. Pero los poderes superiores me miraban bizcos esa mañana. Por las puertas rojas de la cafetería entró el alma de la fiesta, Párraga, cargado de test por corregir y con cara de estreñimiento lacerante. Probablemente buscaba algún estudiante o algún alma caritativa que le explicase la prueba de turno o, en el peor de los casos, a mí mismo para ejercer de gurú. Dadas las circunstancias, prefería

ser un eunuco en un salón de té.

–Creo que debo irme.

–Pero...

–Me voy

–Es que...

–Y si Párraga pregunta por mí, dile...dile que he cogido un cuchillo y he raptado a una enfermera.

–¿A usted también...?

III

Salí de la cafetería con un incipiente escozor en los ojos, el inconfundible síntoma de que en general comenzaba a estar bastante hasta las narices de todo. Eso y la ligera palpitación de las venas en mis

sienes.

Abrí la puerta de un golpe y dejé que se cerrara lentamente a mis espaldas, con un suave roce en el suelo y el batir de sus goznes bien engrasados.

Es curioso. A veces hay momentos en los que la vida da uno de esos vuelcos, esas piruetas completas que te hacen perder el trasero corriendo para poder salvar el pellejo. Momentos. Puntos de inflexión. Esas cosas. Y en ocasiones, lo más desconcertante, y eso siempre se sabe a toro pasado –manda huevos–, es que casi podrías determinar el segundo exacto en que se rompe el cristal de la pecera, ese plano transparente que no ves pero que hasta ese segundo en concreto te mantenía a salvo. Descubres que puedes determinar el segundo exacto en que desaparece la seguridad. El momento en el que comienza la cuenta atrás para que tu mundo se desmorone.

En mi caso, esa cuenta atrás muy bien podría haber comenzado en el breve y concretísimo instante en el que la puerta se cerró a mi espalda. Ese fue el instante en el que las manecillas del reloj comenzaron a moverse lenta y sutilmente. Sin nada que pudiera frenarlas. Lentamente. Solo que cuando únicamente cuentas con el margen de poco más que el segundero, nada es lo suficientemente lento.

Para ser más exactos, desde que la puerta batió sobre sus goznes contra las blancas jambas del pasillo lateral, quedaban sólo tres minutos y diecisiete segundos para que todo mi mundo comenzara a irse a la mierda. Y para saber que mi vida iba a empezar una extraña partida, porque alguien la había puesto en juego. Sí, sólo tres minutos para que comenzaran a sacudirse hasta los más íntimos cimientos de todo lo que conocía.

Da qué pensar, ¿no? Pone la carne de gallina, visto así. ¿Eh? Mmm... ¿No? Bueno, claro, eso es porque no era vuestro pellejo el que iba a estar en juego. ¡Un poco de empatía, por favor! Os puedo asegurar que era un momento de lo más comprometedor.

Sin embargo, y por suerte, yo era totalmente ajeno a todo eso. Naturalmente no tenía ni idea de lo que se me venía encima. Y eso que ya iba teniendo ciertos indicios. No hacía falta saber que aquella mañana ya me estaba mandando ciertos mensajes para advertirme que mi vida podía estar yéndose a la mierda. A saber, y en primer lugar, el hecho de que Rosita le diese al caralampio con Rafa era bastante significativo. Como digo, si hubiese sido con alguien mínimamente digno, podría haberlo comprendido. No lo habría encajado muy bien, por supuesto, porque no era imbécil. No tanto. Pero lo habría comprendido. Sin embargo, que me la jugase con un tipo así... si eso no es un indicio de que tu mundo se está

escurriendo por el wáter, no sé qué lo sería.

En segundo lugar, y bastante relacionado con el primero, porque las cosas generalmente suceden así, es decir, encadenándose para que te escueza un poquitín más, esta ese feo aunque divertidísimo asunto de la pelea con mi compañero. Vamos a ver, no la pelea en sí, sino que me pillasen in fraganti, porque ese podía ser uno de los detalles que no suelen hacer mucha gracia en ciertos ambientes. No sé... digamos que chocaba un poco con la disciplina militar y con lo que normalmente se entiende por control de impulsos y asertividad. Es decir, que si tenía en cuenta que todo eso había ocurrido en un hospital de las fuerzas armadas... mi situación profesional estaba un pelín comprometida.

En resumen, que a nivel personal, podía ir buscando la felicidad en los sumideros cargados de barro, y en mi trabajo, no podía esperar que me trataran con la devoción que merecía.

Y lo más gracioso –maldita la gracia que me podría hacer saberlo-, era que todo aquello ni siquiera había comenzado. No eran más que los ligeros granos de arena que se desprenden de la duna cuando se acerca la tormenta. Lo peor ni siquiera había asomado las orejas. Sin embargo, pronto lo haría. Concretamente en tres minutos y diecisiete segundos.

Mis pasos, algo patizambos a esas alturas de la película, me llevaron por el pasillo desierto que salía de la puerta trasera de la cafetería. Aún no sabía a dónde podía ir. Simplemente necesitaba una madriguera para rumiar un poquito. El aire con olor a asepsia mezclada con café y el silencio sepulcral, amortiguado con los lejanos ronroneos de unos metros más atrás, me transportaban a un mundo irreal. Me dejé llevar por la fantasía de un mundo aparte.

Dos minutos y cincuenta segundos.

Los azulejos blancos reflejaban los fluorescentes del pasillo. Doblé una esquina. Vacío. Nadie a la vista. Era de esperar. Era uno de esos corredores secundarios por los que no suele pasar ni Blas.

Me quedé allí plantado. El sonido de mi propia respiración me sedaba. Sin embargo había algo que comenzaba a desentonar.

Dos minutos y treinta segundos.

Algo... un detalle que no alcanzaba a comprender. De hecho, era tan sutil que apenas alcanzaba a percibirlo. Pero estaba ahí. Algo...

Dos minutos y quince segundos.

Como un eco lejano, semejante a la ínfima vibración de una cuerda de violín al ser tensada... La ligera alerta del instinto que trata de hacerse oír por encima de la consciencia. Traté de tomar aire, pero a mi alrededor, éste se había convertido en una masa gelatinosa.

Entonces volvió el sonido.

Unos metros más allá, doblando el recodo por el que había venido, oí batir las puertas de la cafetería.

Mi cuerpo se movió automáticamente. Antes de saber bien qué estaba haciendo, me encontré oculto tras la puerta de uno de los almacenes laterales del corredor, como si alguien hubiese tirado de la mano a un niño pequeño y lo hubiese encerrado en su cuarto. Sólo que ese niño pequeño era yo. Y no había nadie para tirar de mí. Nadie, excepto la persona que había franqueado la puerta de la cafetería, al otro lado del pasillo.

Un minuto y cincuenta segundos.

Hay algo poderoso en el instinto, desde luego. El mío se había despertado antes de escuchar aquel ruido de goznes batiéndose.

¿Por qué? ¡A saber! No suele pasarme, la verdad, pero en aquel momento estaba tan acojonado que, a pesar de no saber el motivo, lo escuché como un corderito obediente.

Y al fin y al cabo, ¿qué había oído? Nada. Una puerta. Entonces, ¿a qué venía todo aquello? Como digo, el instinto supera bastante a la parte plenamente consciente de nuestro cerebro, cosa que en algunos casos no tiene gran mérito. Quizá la simple cadencia de un sonido puramente cotidiano despierta nuestro recelo, el ritmo de unas pisadas, un olor casi imperceptible o los miles de mensajes subliminales que capta nuestra parte animal para ponernos en guardia. No lo sé. Algo. Algo...

Un minuto y treinta segundos.

Algo que se fue concretando en unos pasos. Pasos lentos. No el caminar casual de alguien despistado o en busca de un minuto de intimidad. El desgargo de lo inofensivo. No. Aquellos pasos batían el suelo de linóleo con la certeza de quien sabe dónde está, de quien sabe qué busca. Porque eso hacía. Buscar.

Un minuto y quince segundos.

Las suelas chirriaron suavemente al doblar la esquina. Los talones continuaban lentamente su recorrido. Había un ligero toque marcial en esos pasos. No es que fuera de extrañar, claro. Al fin y al cabo, aquello

era un hospital militar. Pero cuando la adrenalina burbujea por torrentes en todo tu cuerpo, las notas mentales se disparan.

Cincuenta segundos.

Los pasos se detuvieron. El último había sonado a escasos centímetros de donde me encontraba. Con un temblor de lo más indigno, meforcé a bajar la vista. La certidumbre no siempre es mejor que la duda. Ahí estaba. Una sombra se proyectaba en la estrecha rendija de luz que se filtraba bajo la puerta.

Treinta.

Podía escuchar la respiración al otro lado de la fina puerta de metal blanco. Una respiración pesada, lenta...

Veinte.

Crujido de tela. Respiración agitada por el esfuerzo. Un leve sonido metálico. Más crujido de ropa. Dos inspiraciones lentas de nuevo.

Diez.

Se escucharon otra vez los pasos. Ésta vez se alejaban, con la misma seguridad, pero ahora a un ritmo más vivo.

Cinco.

Batir de goznes al otro lado del pasillo. Imprudentemente, y sin saber muy bien por qué, abrí la puerta del pasillo, de nuevo en silencio. No necesitaba esperar. Sabía que aquella persona ya se había marchado tras hacer lo que demonios fuera. Y entonces lo vi.

¡Tiempo!

Una bala reposaba justo frete a mí en el suelo, con la punta hacia arriba. Era la primera advertencia. ¿Pero de qué?

Capítulo 2

IV

Es curioso el efecto que una pequeña pieza de metal puede tener sobre uno. Por suerte, ésta la sostenía entre mis dedos. Pero a medio camino entre la paranoia y la lucidez más clarividente, sospechaba que alguien sugería la posibilidad de que otra parecida a esa se me incrustase en algún lugar inconveniente.

La mañana transcurrió entre escalofríos y escasa concentración. Nunca he sido lo que podríamos llamar un héroe. Pero me guardé mucho de comentar mi divertido incidente. De modo que hice lo posible por distraerme con el trabajo. Era lunes y andábamos bastante saturados con asuntillos de bajas y similares. Aunque resulte extraño, en esta ocasión lo agradecí.

Cuando acabó el turno, mis tripas bailaron una rumba... no tanto de emoción como de aprensión. Pero pasados los primeros momentos, decidí relativizar el asunto. A fin de cuentas, ni sabía qué había pasado, ni tendría nada de particular que hubiese magnificado la situación, teniendo en cuenta la mañanita que llevaba antes de escabullirme de la cafetería. Era bastante probable que no hubiese sido más que una bromita pesada de cualquiera de mis... poco afectuosos compañeros.

¡Cabrones...!

Al salir, la lluvia caía tímida pero insistente, arrancando a la ciudad olores que nunca llegarían a ser limpios. De alguna manera, aquello me recordó a Rosa. No sabía por qué, pero sólo me venían a la cabeza imágenes suyas en días húmedos, combatiendo el frío a base de risas. Parecía que había roto la hucha de los recuerdos, y el sabor de aquella chispa hacía que algo estallase dentro de mí, como una droga que me convertía en el espectador de una película meliflua, dulzarrona y alegre, cada vez más lejana de la realidad. Pero es que había sido real. Habíamos sido así, como si hubiésemos formado parte de una de esas canciones que cantan los grupos jóvenes, en las que las estupideces más soberanas no pueden ocultar la esperanza que se hincha debajo.

El atasco tampoco ayudaba y en la radio se derretían con matracas romanticonas, en todos los colores y tallas. Santana, Sabina... ¿Por qué el

noventa por ciento de las canciones son de amor? ¿Nadie tiene otra idea, un poquito original, para variar?

¿Por qué nadie escribe canciones a las foquitas, que son muy simpáticas? Corté la radio al borde de la histeria.

Al llegar a casa, aún estaba atontado, embotado por la esperanza. Siempre cabía la posibilidad de arreglarlo todo, de resolverlo. Era muy reciente; no podía mandarlo todo a la mierda por el calentón del momento. Y menos aún por Rafita.

¿Pero quería arreglarlo? ¿Merecía la pena? Una respuesta afirmativa me escocía cuando miraba sus fotos. Una negativa resultaba más plausible al destrozarlas. Al fin y al cabo... ella no lo merecía. Y eso podía significar un nuevo horizonte, un nuevo inicio. Aún era joven y más guapo de lo normal. De verdad. Estaba muy bien, como un tren.

Bueno, tal vez mi entusiasmo era febril.

¿Y por qué con Rafa? Es decir, en general la pregunta era por qué, por qué lo había hecho. Pero sabía que las cosas cada vez eran más difíciles. Cuanto más libre quería ser ella, más cínico me volvía yo. ¿Lo había interpretado como un alejamiento? Quizá, pero eso pasa cuando los legos intentan hacer análisis de conducta y personalidad. ¿Acaso me metía yo a actor? Pues no, jamás había fingido un orgasmo ni nada así. De verdad. Sólo quería protegerme, parapetarme por si ocurría algo. Pero nunca eres lo suficientemente rápido o eficaz para estar preparado. Y menos si es con alguien como Rafita. Creo que ese era, en concreto, el detalle más denigrante. O tal vez no. Tal vez lo más patético era que, a pesar de todo, la quería. Lo sabía. No era el reflejo doloroso de conservación. La quería

Con los ánimos así de festivos, decidí comenzar con unas cervezas y lanzarme de lleno al informe del día siguiente. A pesar de lo dicho, cuando la situación lo requiere puedo convertirme en un auténtico adicto al trabajo.

Por más que leía y releía la batería de test y entrevistas, no dejaba de pensar en Rosa, hasta que, fugazmente, me vino a la cabeza la imagen de la chica, Sara Olías. La vi al poco de su ingreso. Tenía la edad de las vacas viejas, diecinueve añitos, y una cara que no llegaba a ser de notable en un cuerpo que no llamaba la atención ni con el escaso camión de paciente, por donde se desparramaba un pelo negro crispado en rizos opacos.

Pero no era eso lo que recordaba de ella, sino sus ojos. Quizá era lo único digno de ser recordado. Unos ojos azul claro que parecían la puerta a la versión siniestra del país de Alicia. Cuando, tras un rato de mostrarse esquiva y hasta brusca, quedaba inmóvil clavándote esos ojos, que

parecían no mirarte siquiera, un escalofrío te recorría la nuca y el escroto. Era entonces cuando no sabías muy bien qué podía ocurrir, si se lanzaría a por ti, si permanecería así un tiempo indefinido o si era una simple estratagema para librarse de ti.

Había visto cosas similares, y aun así había algo en aquella mirada que me seguía impresionando. Comprendía las dudas del chico del hospital. Pero no podemos dejarnos llevar. Su historial era concluyente. O casi. Además, el brote había remitido de nuevo gracias a la medicación.

Todo eso no impedía que en la vida privada fantaseases acerca de qué ocultaban esas puertecitas azules, dónde estaba realmente aquella niña cuando se cerraban en un mutismo de cera.

Concluí que, aunque no tan nocivo como Rosa, darle vueltas a aquello tampoco era muy sano en mis circunstancias; así es que seguí con la cerveza, y cuando ésta se acabó, me dediqué al Martini con Pulco de limón y la marihuana. La cosa mejoró. Sin embargo, el aturdimiento no disipaba del todo la rabia y la amargura que, me jode reconocerlo, daban fe de que era humano.

Poco después, dormía como un bebé.

... Hola... Ya sé que es de madrugada y no cogerás el teléfono. Mejor (pausa). Llevo sin dormir bastante. De todas formas ya sabes que sobre todo duermo por el día. Aquí, en Gijón, está amaneciendo, y la verdad es que es muy agradable. Mucho frío y mucha humedad, pero bueno. El puerto está dormido y... ya sabes, me encanta este mar, cómo huele y... y... yo... No podía decírtelo. No podía porque eso no significaba nada, ¿sabes? No fue nada, en realidad. Se lo dije a él, pero no sé qué película se ha montado. Te quiero. Yo te quiero, te quiero a ti, pero... tampoco podemos seguir así. No es que sueñe que seas más de lo que eres, que cambies, ni chorradas de esas, pero a veces parece que todo, incluso yo, te da igual. Y no puedo resignarme y aceptar algo así. No puedo hacerlo, ¿entiendes? Y tampoco es bueno para ti. Además, no sé qué pensarás tú, pero yo valgo bastante, creo, y merezco algo mejor. No sé... creo que valgo la pena... (resoplar) pero tampoco me hagas mucho caso. Es tarde, o bueno, en realidad a lo mejor demasiado temprano, y puede que esté diciendo muchas tonterías (suspiro). Esto es muy bonito, deberías verlo... Te quiero. Lo entiendo si no me quieres hablar, pero... tampoco me echas toda la culpa a mí. Al fin y... (Fin del mensaje)

De tan sugerente manera me recibía la mañana del martes, coronada por una resaca que agradecí por sus efectos terapéuticos: impedirme dar vueltas a lo obvio.

Pasé con un poco de café la bola que me había colocado Rosita en la garganta –al rojo vivo–, y no olvidé incorporar entre mis pertrechos para la mañana una bolsita de maría. Algo me decía que no me iba a venir nada mal.

Por lo demás, el sueño y la rutina caían a plomo, haciendo que todo el día anterior se diluyese bajo un telón onírico. Sin duda, cuando las horas calentasen mi cerebro y lo hiciesen funcionar de nuevo, volvería la certeza de que si parece una mierda, huele a mierda y sabe a mierda, es que es una auténtica mierda.

No obstante, había motivos para sentirse feliz; al fin y al cabo íbamos a dar el alta a una loca, no sin antes hacer que se sintiera como un mandril mutante, observada por más de cien críos con bata blanca durante la sesión clínica. Y ésta, por cierto, tenía toda la pita de convertirse en un circo de cuatro pistas.

Cuando llegué al hospital, una cierta corriente eléctrica flotaba sobre el aire cálido de la quinta planta. Uno percibe esas cosas, no sé muy bien

cómo. Ojos muy abiertos, cuchicheos... lo que sí sé es cómo se suelen comprobar dichas impresiones. Elena. Aparte de ser una enfermera de lo más competente, premio a la simpatía personificada, y de estar más que bien – aun con sus incipientes subidas de peso-, Elena era una auténtica base donde recabar información de todo tipo. Incluso a mí me había arrancado dolorosas confesiones, sin mediar tratos sexuales en ello. Era, con diferencia, la mejor psicóloga de la planta. Lástima que su ficha la clasificase de enfermera.

–Hola, guapa. ¿Qué pasa aquí, que están todos tan alterados?

–Hmm... ¿No sabes quién viene a la sesión clínica?

–Ni zorra.

–El Dr. Mayo.

–¡No me jodas!

–No, por el momento.

Pasando por alto la sugerencia, pensé por un segundo en lo que se avecinaba. El Dr. Abril. El mítico. Rara vez volvía por allí desde su jubilación, pero a veces se dejaba caer por las sesiones clínicas. Guardaba silencio durante las exposiciones, pero cuando entraba el paciente, pedía permiso –que ni puta falta le hacía- para intervenir. Con una voz milimétricamente estudiada, una modulación de naturalidad impecable, dirigía tres o cuatro preguntas al afortunado, y el muy cabrón destapaba algo nuevo, o bien refutaba o reafirmaba los diagnósticos y los informes. Tres o cuatro preguntas, no más. Tres o cuatro preguntas frente a baterías de test y entrevistas.

En ese momento surcaba los pasillos precisamente su hija, la Dra. Mayo. Era probablemente la más eficaz de la plantilla, a costa de una autoexigencia rallante en la neurosis, fruto de la herencia que le había tocado en suerte, y que se traducía en un físico delgado hasta lo imprescindible para mantener una frenética actividad que me mareaba.

–Buenos días, Nuria.

–Hola. ¿Cómo llevas la sesión? –preguntó en su habitual tono sereno

–La duda ofende. La llevo perfecta.

–Ya sabes que viene El Maestro.

–¿Sí? –fingí—. Oye, por cierto, ¿cómo lleva el retiro del servicio activo?

–Pues... al principio estuvo irritable, luego insoportable y después autoritario –constató. La jubilación parecía no haberlo afectado.

–Ya sabes, paciencia y mucho amor.

–Soy todo amor, ya lo sabes... –mi estupor debió resultar evidente– A veces también sé bromear.

Se me ocurrieron mil respuestas, pero ninguna parecía prudente, teniendo en cuenta que me tocaba exhibirme delante de la familia. Así que volví a interpretar el papel poco divertido de compañero encantador.

–Claro.

–Bueno, te dejo por una depresión endógena.

–Sabía que pasaría.

–Es el destino –sentenció y añadió ya de espaldas, mientras se alejaba–. ¡Dos bromas en una mañana!

En el fondo, era una persona a la que inexplicablemente acabas por apreciar.

Me dirigí a mi despacho, abriendo la puerta violentamente. No es que me sintiera lo que se dice pletórico, pero como decía James, si estoy triste porque lloro, y no viceversa, voy a dar brincos, a ver si así...

Tras constatar la falsedad de la teoría de James, me despojé de mi estilizada americana, cambiándola por la consabida bata blanca; ya se sabe, igual que los hábitos o el tricornio, ésta imprime carácter. A mí, en lugar de ponerme de mala leche, me devuelve la sangre fría necesaria para arramblar con lo que me eche a la cara, y hay que admitir que entonces me venía de miedo. Siempre he odiado sentirme evaluado, y dado que ahora ya pagaba impuestos, me reventaba especialmente que me trataran como a un mocosito.

Por si sí, por si no, me dediqué a dar un último vistazo a la lección.

Estaba sumido en mi nebulosa de abstracción, cuando la puerta se abrió chirriando como puerco en San Martín, a punto de arrancarme a mí también un gritito de lo más indecoroso por el sobresalto. En el umbral, Encinas. Capitán Encinas.

–¿Para qué tienes esos deditos de morcilla, para hacerte tapón en el culo?

La próxima vez podrías llamar, si no te hernias, claro.

–Lo siento, hombre.

Toda su envergadura, que desde luego no era poca, resumaba simpatía. Era el Dr. Jeckyl. Su lado chusquero de Mr. Hyde se limitaba a sus subordinados.

–Bueno, qué, ¿sólo querías darme un infarto o vas a contarme algo?

–Pues en realidad creo que ya lo sabes, pero he venido para avisarte por si acaso

–¿Lo de La Morsa?

–Sí.

La Morsa significaba El Maestro en el lenguaje de un mítico paciente; no habíamos logrado descifrarlo por completo, pero ese era el término con el que designaba al Dr. Mayo. No obstante, procurábamos no llamarle así en su presencia ni la de su hija, porque tampoco estábamos completamente seguros de que la traducción fuese correcta.

–¿Se me ha adelantado Elena otra vez?

–Sí, pero no te preocupes, tú sigues siendo más guapo que ella.

–Como te oiga el coronel haciendo esas bromitas...

–Es que el coronel no es tan guapo.

–También es verdad. Por cierto, hablando del coronel, hay algo más –ahora su voz bajó a un tono confidencial–. Ya sabes que no se entera de mucho, pero tampoco es tonto. Yo puedo cubrirte de vez en cuando con los chicos de tu rotación, y no me importa, pero creo que se ha dado cuenta. No te digo que seas su niñera, pero... no sé, haz que te vean alguna vez con ellos; reúnete con los chicos a primera hora y les cargas de trabajo para que no te molesten en toda la mañana...

–¿Se está comentando algo por ahí?

–Algo. Y es normal, de todas formas.

–Oye, no tengo por qué hacer de profesor. Puede que tú y algún otro sí; al fin y al cabo tenéis vuestra plaza en la universidad, pero yo no. Mi trabajo es hacer informes, y sabes que en eso soy la hostia a la vinagreta.

–Sí, lo que pasa es que esto es un hospital universitario.

–¿Y qué?

–Pues eso.

Si a alguien más le apetecía pisarme la cabeza, desde luego aquel era el momento; que nadie se prive, ¡total...!

–Seré bueno, no te preocupes.

VI

La salita –que no era ninguna salita, sino una señora sala-, estaba llena a reventar. El olor de los múltiples perfumes de las estudiantes se mezclaba en un ambiente más bien cargado. El ronroneo de los cuchicheos se escurría entre la multitud de batas blancas, uniformes blancos, estudiantes, enfermeras, caras jóvenes y ansiosas y otras curtidas por mañanas tan poco alentadoras como aquella.

Crucé la sala, procurando frotarme lo menos posible con los presentes, y llegué al extremo en el que había una larga mesa de metal con sillas de color verde pardo. En ellas ya se encontraban varios de mis compañeros: el coronel, encargado de dirigir la sesión, Carreño, que haría el tratamiento y pronóstico, y Nuria, que no sé muy bien por qué prefería estar en ese lado de la habitación.

En un extremo de la mesa había una pantalla, donde se proyectaban transparencias con los resultados de los test que yo tendría que explicar e interpretar, de cara a la justificación del diagnóstico.

Todo estaba listo, con los tambores redoblando. Me acerqué y supervisé los fotolitos, para hacer tiempo más que nada, mientras de reojo observaba entrar al Dr. Mayo. Era un hombre de unos setenta años, con chaqueta de lana, pantalones de pinza bien planchados, un fino bigotillo facha que ya criaba moho y,

cómo no, gafas ahumadas y bastón con mango de madera tallada en forma de gorrión.

Se hizo paso entre la gente, sin prisas, custodiado por Encinas y Rafa, uno delante y otro besándole el culo –se mirase como se mirase-, hasta llegar a la mesita y sentarse junto a su hija. Era un privilegio que no se molestaba en disimular. Por otra parte, una arcada de rabia me subió a la garganta al ver a Rafita, y mucho me tuve que esforzar por no repetir la escena del despacho. Apreté dientes, puño y esfínter y me mantuve firme como un campeón.

El caso es que en ese momento el coronel hizo callar a la concurrencia y supe que el espectáculo estaba a punto de comenzar. De modo que tras una breve actuación del maestro de ceremonias, me tocó a mí romper el hielo. Me levanté, salí de la porción de mesa en que me había parapetado y afronté al público. Al fondo de la sala vi una cara que semejaba una concentración casi autista. Miré más atentamente y reconocí al chaval del día anterior. En fin, qué le vamos a hacer si uno tiene sus fans.

Comencé a recitar los datos de la paciente. Sara Olías Téllez, diecinueve años. Después conecté las transparencias, repasando una a una las pruebas, así como los datos de la entrevista y el historial. Recordé los intentos autolíticos y el conocimiento de libros sobre suicidio, los ingresos, recaídas... A medida que avanzaba en el esbozo del caso, notaba la intensa mirada del Dr. Mayo perforando las baldosas del suelo. Esa era la clásica postura de abstracción que había adquirido tras la jubilación. Recordé cómo antes, cuando aún era jefe de planta, aquellos ojos te miraban y sometían a un examen constante. Por suerte, una especie de pudor o falsa humildad se le había venido encima –casi diría por casualidad- con el retiro,

Finalmente, concluí mi diagnóstico con una mezcla de alivio e inquietud. El viejo no había dicho nada... aún, y el chico no había hecho el más mínimo gesto durante la exposición, pero de algún modo sentí como si su escepticismo se me hubiese contagiado.

Volví a refugiarme tras la mesa. Mi número había acabado; ahora le tocaba al segundo payaso de la compañía, Carreño. Este era un tipito más bien bajo, de cabello rizado y gris, cuya especialidad eran las propuestas de tratamiento y pronósticos, honor que solía repartirse con Nuria; pero esta vez la Dra. Mayo parecía estar aletargada, como rumiando algo. Mi paranoia martilleaba este cerebro privilegiado con la idea de que alguien iba a decir algo. ¿Por qué? ¿Por qué esta vez? Nunca lo habían hecho; en realidad, profesionalmente me respetaban...

Necesitaba fumarme algo.

Palpé el bolsillo de la bata y noté el paquetito en el que llevaba la hierba. Aquello me tranquilizó. Sin embargo, algo frío y metálico acarició mis dedos. Tardé un instante en comprender qué era. La bala.

La voz monocorde, nasal, sosa y... estúpida de Carreño seguía durmiendo a la concurrenceia, y ya estaba subiéndome a la garganta un "por Dios, que alguien lo pare de una maldita vez", cuando la tortura terminó. Fue un respiro. Estaba más alterado de lo normal y bien podía haberlo pagado con él. Por suerte para los dos, acabó antes de que me decidiese entre el "voy, no voy..."

Ahora llegaba el plato fuerte, el clímax, el punto culminante de la función; era el momento de Sara.

Cuando entró, no sabía muy bien si estaba ante la imagen de un ángel torturado o la versión pervertida del mismo. Sin embargo, la comparación no era nada relacionado con querubines o serafines ojerosos. Se trataba más bien de los ojos en sí. Aún no consigo evitar la superstición de imaginar otros mundos ante una mirada psicótica. Menos aún cuando los ojos son de un azul pálido como aquel. Menos aún cuando eran lo único digno de mirar en toda ella.

Cruzó la sala y se sentó en una silla, de frente al público, en la parte principal de la tarima. Los mechones parecían casi ordenados, y su atención, completamente difusa, flotaba por algún lugar del techo. Carreño retomó las riendas.

—Hola Sara —dijo Carreño con una amabilidad que apestaba a kilómetros—. ¿Sabes quién soy?

Nada. La chica seguía persiguiendo motas de polvo con la vista.

—Sara... -insistió mi colega.

—¿Sí? —contestó al fin ligeramente sobresaltada, como despertando.

—¿Te acuerdas de mí?

—S.. sí —respondió de nuevo, tragando saliva sonoramente.

—Verás Sara, estamos aquí porque tenemos que hacerte unas preguntas. No te preocupes por nada.

Ella parpadeó lentamente, como si aún no se hubiese espabilado de la

siesta, y asintió de forma mecánica.

–¿Te acuerdas de cuando viniste aquí?

–Sí –dijo Sara, como engarzando la sílaba mientras expulsaba un suspiro.

–¿Nos puedes decir qué pasó?

De nuevo segundos en blanco antes de un ligero respingo. Una nueva cabezada o patinazo neuronal, pero al fin arrancó.

–Me trajeron porque quería hacerme daño.

–¿Quién?

–¡Yo! Yo... yo intenté... –un nuevo alto y tragar de saliva retenida. Embrague fuera y ahí volvían las palabras– Intenté hacerme daño.

–¿Qué intentaste hacer?

Resoplido. Sus ojos vacíos mudaron a una máscara dócil. Era como si alguien ahí dentro gritase algo mientras por fuera el cuerpo y la lengua funcionasen por su cuenta.

–Me corté las venas.

Un escalofrío silencioso recorrió la salita, estas cosas siempre impactaban un poco a los mocosos de prácticas.

–Sí, pero Sara... ¿Cómo lo hiciste?

–Pues... me escondí un cuchillo, fui al baño...

–No, no, no. Me refiero a en qué sentido. A lo largo del antebrazo o de un lado al otro de la muñeca.

–De un lado al otro.

Carreño hizo una pausa triunfal. Como ya había expuesto en mi parte, ella había leído un montón sobre suicidios, de modo que debía saber que ese corte no sirve para desangrarse, ya que cicatriza. El corte de los auténticos suicidas es longitudinal, siguiendo la vena, de modo que la hemorragia no se corta.

–Pero sabías que en realidad eso no iba a funcionar...

Una mota de polvo pareció llamar especialmente la atención de la chica, de modo que no debió escuchar a Carreño, hasta que éste le repitió la observación. Aun así, la reacción fue mínima. Simplemente bajó la vista.

–¿Por qué lo hiciste entonces?

–No lo sé... –empezó a mecerse lentamente en la silla– Tenía miedo y quería que desapareciera.

–¿Qué tenía que desaparecer?

–El miedo.

–¿Y a qué le tenías miedo?

La estaba acorralando, lo cual era una enorme torpeza. Debía dejarla respirar, mantener el ritmo que ella llevaba, si no, la perdería.

–¿Sara?

–No sé...

Miré entonces a La Morsa. Por algún motivo, mis nervios estaban aflorando de nuevo, y tal vez aquel tipo fuese una especie de tabla de salvación. Si algo iba realmente mal, si algo no estaba funcionando allí, ¿por qué no decía nada?

–A algo sería...

–No... –meneó la cabeza suavemente– No lo sé.

“Así, no”, me repetía. Sin embargo, nadie hacía el más mínimo aspaviento. De los estudiantes era comprensible, ¿pero y mis colegas? ¿Ellos no notaban nada? Quizá eran cosas mías, pero ahí había algo que no iba bien. Sara observó entonces a Carreño, y pareció espantarse al ver las insignias de su solapa bajo la bata. Abrió por fin los ojos de par en par y pareció recomponerse como por arte de magia

–¿Te da miedo alguien?

–Ya no. Ya no me pasa.

–Pero cuando te pasaba, ¿era por alguien?

–¡No, era...! Era sólo miedo. Miedo. Y no sabía cómo hacerlo desaparecer.

–Pero ya no sientes miedo, ¿no es así?

–No, no...

Carreño miró a los miembros de la mesa, que asintieron. Todos menos yo, que estaba un tanto rígido y apenas pude reaccionar.

–Muchas gracias, Sara. Puedes irte. Descansa

–Gracias –dijo ella incorporándose torpemente–. ¿Me voy?

–Sí, sí, por favor.

Sara desfiló por la sala lentamente, recuperando una placidez irreal. Aquellos no eran sus ojos, sino una burda imitación que, ahora sí, iban a juego con la vulgaridad del resto del conjunto.

En el suave silencio que siguió, todos esperamos la intervención del Dr. Mayo... que permanecía callado.

En realidad, aquel mutismo era bastante significativo. El problema es que ninguno sabíamos qué quería decir. Normalmente, si no estaba de acuerdo con algo, lo habríamos notado, ¡y cómo! Pero si todo le parecía correcto, ¿a qué venía esa cara de acelga?

Decidí que me daba igual, que ya había terminado, que tenía otras cosas por qué preocuparme y que me iba a fumar un poco de hierba cuando, en el embudo que se formó a la salida, volví a cruzar gestos de hostilidad y demostraciones de viril amenaza con Rafa. Se escabulló y me sentí mejor. Vi de nuevo al chavalín, y también a él le mandé una típica mirada de censura por el ratito que me había hecho pasar. Pero al no reaccionar, sino más bien mantener mi mirada, decidí escabullirme yo, porque si no... Y fue en ese preciso momento de retirada campal, cuando una mano me asió por el hombro, frenándome en seco. Me volví y descubrí que era La Morsa. Percibía sus ojillos brillando tras el grueso cristal ahumado. De nuevo, la Inquisición me sometió a examen.

–¡Coronel! Qué susto me ha dado.

–Si, ya he notado que estás algo inquieto esta mañana –jodido estaba-. ¿Hay algo que te preocupe?

–No... no.

–¿Seguro?

–Sí, claro.

–Ya.

–¿No está de acuerdo con el diagnóstico? ¿Hay algo que no le cuadre?

–Sí. No me cuadra tu actitud. Tu trabajo está bien, es correcto, pero tú no pareces muy convencido. Y esto es bastante delicado. ¿Ocurre algo?

–No... –dije con una risa nerviosa– Nada, ¿por?

–No sé, da la impresión de... –carraspeó– Mira, te hablaré sin tapujos.

Sus ojillos intensificaron la presión y comencé a temblar ligeramente bajo las perneras del pantalón.

–Si no estás seguro de lo que haces, de si eres capaz de hacerlo... aunque sea por una temporada... deberías plantearte algo.

–No sé a qué se refiere, señor.

–Sí que lo sabes. Nunca te había visto así. Escucha, de ti dependen altas, internamientos, pensiones, ayudas... No es como pifiarla en cualquier tontería. Si no estás en condiciones de hacer tu trabajo como debes... al menos sé responsable.

Capítulo 3

VII

Me escabullí por los pasillos y al fin encontré un refugio aceptable. Se trataba de una habitación bastante amplia por la que no se podía ni andar, ya que estaba repleta de camas vacías; un almacén de espacio inútil en un barrio donde la gente reclamaba a voces un hospital.

Me tumbé en una cama junto a la ventana, preparé un porrito y repasé mentalmente la lista de gente a la que me gustaría destripar. No era nada personal; simplemente tenía que descargar tensión. Así podría hacer mi trabajo como debía. Sí, el primero iba a ser aquel viejo verde.

Encendí el caramelo y poco después todo empezó a perder importancia. ¿Que me estaban dando por los cuatro costados?, pues nada, a lo mejor le acababa cogiendo el gusto. La vida parecía más suave mirando las casas de aquel barrio, cómo las nubes de contaminación aplastaban lánguidamente la periferia, cómo el sol, a pesar de todo, daba ambiente a un otoño húmedo y frío.

Oí la puerta y me metí el porro en la boca, quemándome la lengua.

–¡Mmm! Huele que alimenta.

Elena avanzó sobre las camas apiladas, haciendo oscilar los rizos por su cara de diablesa arrepentida.

–Gracias por el susto.

–¿Te queda algo?

–Una ampolla en la lengua.

Husmeó y metió su mano en el bolsillo de mi bata. La sacó con un gesto triunfal en los labios y la bolsita de hierba entre los dedos. Acto seguido, y de un modo casi mecánico, empezó a preparar el tema.

–¿Cómo ha ido?

–¡Coño, Elenita, me sorprendes!

–¿Por?

–Creí que lo sabías todo.

–Bueno, sé que Carreño, como de costumbre, ha soltado un rollo que desrizaba la lana a las ovejas y que La Morsa no ha dicho ni pío.

–Así que lo sabes.

–¿Y?

–Pues... no, nada –obviamente, no era cuestión de publicar lo que me había largado el viejo.

–¿Estás seguro?

–Claro.

Encendió el cigarro y una bocanada entre acre y dulzona me impactó en las narices. Fue poco delicada, pero el círculo rojo de sus labios se hacía perdonar por sí mismo.

–¿No me lo vas a contar? –preguntó al fin.

–¿El qué?

–Lo de Rosa.

–¡A la mierda!

–¿Por?

–Hombre, tú dirás –el tema aparecía de nuevo entre escalofríos de incomodidad– .Supongo que si conoces las noticias, y confiando en que no hayas caído en una cierta debilidad mental, no tendré mucho que aclararte.

–Eso quiere decir que ya no te importa, supongo.

–No.

–¿Nada?

–Menos aún.

–Entonces, si ella ya no te importa, ¿Por qué estás así?

–¿Cómo? Estoy estupendamente.

–Ya. De puta madre; estás de puta madre. No sé por qué me preocupo, si se nota que estás genial. En fin –dijo apartándose el cabello tras las orejas e incorporándose para marcharse– supongo que tendré que decirle al jefe que era mentira que te encontrabas mal y que mañana no venías.

–¿Qué has hecho qué?

–No, nada. Porque claro, si pasas del tema, supongo que no necesitarás un par de días para ir a Gijón a arreglar las cosas o partirle la cara a Rosita.

–¿Acaso crees que es eso lo que iba a hacer?

–No, sé que no lo ibas a hacer.

–¡Pues claro que no!

–Por supuesto, es absurdo.

–¡Desde luego! Es ella la que me ha jodido, ¿sabes?

–Claro. ¡Y tú que la tratabas como una reina...!

–Déjate de sarcasmos y gilipolleces. Eso no es razón.

–Es verdad. Con un tipo como tú debía saber que antes hay que agachar la cabeza y resignarse –bufé, le quité el pitillo y obvié su presencia entre calada y calada– . Oye, que no la defiendo. Debió decírtelo... y creo que lo hizo, o dejarte, si es que no había solución. Pero no lo ha hecho, ¿no? Y no creo que sea por falta de valor. No es que sepa por qué coño no te ha dejado... pero a lo mejor deberías averiguarlo –resultaba menos sexy cuando soltaba su vena comprensiva, rodeada de un halo de ternura que me sacaba de quicio–. En fin, haz lo que te salga de los cojones, para variar.

Esquivó las camillas, gateó por los colchones y llegó hasta la puerta.

–Te traeré un par de botellas de sidra.

–No te olvides del cabrales.

VIII

En cuestión de algo menos de cuarenta y cinco minutos, ya me había escapado del hospital, pasado por casa a recoger algo de ropa y lanzado a la carretera, devorando los kilómetros a toda la velocidad que me permitía mi utilitario, un golf negro como los huevos de un grillo. A pesar de la potencia y suavidad del carro, el motor rugía como una bestia. Era el Amo del Asfalto. La Máquina. El Nota.

En la radio se sucedían los Cranberries, Maná, Crowded House y mariconadillas varias a un volumen inadecuado. Iba lanzado. Y aún no sabía por qué. ¿Por qué iba? ¿Cedía? ¿Era un idiota, un calzonazos? ¿Además de cornudos apaleados? ¿O es que albergaba el inconsciente propósito de moler a palos a la muy perra? ¿Me había dejado convencer por Elena? Si era así, no imaginaba qué motivos podía tener ella para que yo me fuese, a no ser que creyese en lo que me había recomendado. Una última pregunta, ¿tendría razón?

Parecía que no, pero el asunto me escocía de mala manera, y tenía que subir cada vez más el volumen de la música, pisar más el acelerador, acrecentar el caos entrópico a mi alrededor para no sucumbir a la quemazón de incertidumbre y rabia que me producían mis propios actos, el estar allí, conduciendo a toda velocidad para encontrarme con la perra que me había

demostrado qué era la confianza... y sobre todo, lo peor, lo más grave, era que tenía unas ganas locas de verla.

La aguja del velocímetro parecía dejarse el alma por llegar a dígitos insospechados. Yo la animaba.

Los sucesos del día, la sesión clínica, los mensajes telefónicos de Rosa, e incluso la extraña cuestión de la bala en el pasillo, parecían muy lejos, a años luz. Era como si todo hubiese ocurrido y simplemente se hubieran filtrado los hechos, dejando como resultado la situación que me llevaba a Gijón y una cierta sensación de irrealidad.

También quedaba la charla con Elena. Eso era todo lo que llevaba de Madrid. Ahora no había más que eso y una incertidumbre –sí, está bien, también una esperanza- ,como un vacío en el estómago, acerca de lo que

habría en Asturias.

El día se fue apagando y la noche me cayó encima cuando aún quedaba un buen trecho para llegar a puerto. Con ella, todo se volvió más oscuro. No sé por qué con la noche los problemas se agrandan, como sobras expresionistas en la habitación de un niño. Y eso jode. Aceleré más, empapado de soledad y mala leche.

IX

–Nunca conseguirás nada, ¿sabes? Supongo que, en parte, porque no sabes qué es lo que quieres. Y en parte, también, porque nunca te mojas, no te implicas de verdad en nada... te pasó con la música, con tus pacientes... y ahora con nosotros.

Descargué la ceniza del cigarro en el cenicero. Me pareció más civilizado que hacerlo en su ojo.

–No era malo con el trombón y la tuba, soy bastante bueno con los perfiles de mis pacientes y nadie prepara los bocadillos de morcilla como yo. En cuanto a nosotros, a lo mejor me equivoco, pero no fue el menda quien se cepilló a Rafita –icoño, claro que no había sido yo!– .Así que tendrás que explicármelo de otra forma, porque esto no cuele ni de coña.

–No estás siendo razonable.

–¡No te jode...!

Quizá a alguien le parezca que Rosita tenía razón. Quizá no me mostrara del todo abierto a sugerencias y perdones, sin embargo, a mí me daba la impresión de que, desde el momento en que no le sacudí violentamente ni le dije nada acerca de comportarse como una perra en celo con el pagliacci del hospital, por supuesto que había sido razonable, incluso discreto... pero de ahí al estoicismo había un paso.

–O sea, que es porque crees que no llegaré a nada.

–No me escuchas.

–Sí, sí que te escucho, pero es que no dices más que gilipolleces. ¿Por qué no reconoces que te lo pedía el cuerpo?

–Así no vamos a solucionar nada...

–No sabía que fuera eso lo que querías.

–¡Pues vaya una mierda de psicólogo!

–Tú tampoco eres gran cosa como actriz; sobreactúas con los orgasmos.

–Con él no hizo falta.

–Porque le daría igual.

La desagradable luz del día gijonés se pegaba a los cristales de La Bolera, un restaurante junto al paseo marítimo, mientras su dueño, un tipo corpulento con bigote a lo revolucionario mejicano, no se decidía a intervenir. A lo mejor le divertía vernos despotricar, aunque el sudorcillo que iba perlando su frente sugería que más bien no.

El humo azulado del tabaco nos separó, como si fuera un descanso antes del siguiente asalto. Nos miramos desde nuestros rincones del cuadrilátero, mientras las faves con almejas languidecían aburridas en los platos.

–¿Qué es lo que quieres? –dijo al fin con un hilillo de voz.

Reflexioné, porque –jodido al descubrir que tenía razón-, no lo sabía. De modo que improvisé.

–Partirte esa cara de zorra... y luego tirarte encima de la mesa y hacértelo

hasta que sobreactúes salvajemente.

Me miró. Poco a poco fui descubriendo un brillo ilusionado en sus pupilas. Me preocupó. Luego supuse que era el fondo del mensaje, y no la forma, lo que le había hecho reaccionar así.

¿Era una impresión errónea? Lo dudo; nunca tengo cosas de esas. Sin embargo, no logré la certeza carnal y lúbrica que habría deseado, porque el móvil empezó a zumbar con el vibrador en mi bolsillo. Lo cual, todo hay que decirlo, confundí con la emoción del momento.

–¿Sí?

–¿Marcos?

–Sí.

–Hola, soy Elena.

–Vaya, vaya. ¿No me irás a preguntar si estoy haciendo los deberes?

–No, verás... Ya sé que no es buen momento, pero creo que lo mejor sería que volviesses.

–Eh... ¿No podría ser un poco menos imprescindible?

–¿Menos aún?

–Bueno, eres tú quien no puede aguantar tres días sin mí.

–Claro que puedo, pero es que... ha pasado algo y... sería buena idea que estuvieses aquí.

Elena había abandonado su tono de gatita juguetona, así que empecé a aburrirme y preocuparme a partes iguales.

–¿Algo jodido?

–Mmm... yo diría que sí. ¿Te acuerdas de Sara Olías?

–Claro, la parana del otro día.

–La misma. Pues resulta que le dieron el alta y hoy la han encontrado muerta en un parque.

–¿Muerta?

–Se ha suicidado.

Había oído hablar de cosas así. Momentos en los que parece que el mundo se emborracha y baila la danza del vientre ante tus ojos. Sólo que no resulta sensual. Simplemente todo se mueve, como si la realidad se derritiera. Es algo parecido a un mareo, sólo que no tienes la suerte ni la satisfacción de desmayarte al final.

Olí la comida enfriándose en los platos, ahora un poco más sucios. Una náusea trepó rápida y cabrona.

Volví a mirar a Rosa. Inexplicablemente, ahora sólo sentía odio y repulsión. Rencor.

–Tengo que irme –le dije–. Odio cuando las cosas se quedan frías.

Capítulo 4

X

Nunca me han quitado el sueño la justicia y esas mariconadas, pero hay que reconocer que cuando vas acumulando errores, fallos que putean a otros, acabas por notar que algo te pesa por algún lado no habitual. No había sido justo –tal vez- con Rosa, y desde luego, algo había ido mal con Sara. Errores. No eran una gran novedad, pero... vaya, tampoco estaba especialmente habituado.

Así que volví a tirar de coche, quemando goma por la autopista, mientras Evanescence y REM ayudaban a poner los pelos de punta a mi conciencia.

Llegados a este punto, tal vez habría que aclarar ciertas cosas. Que se suicide un paciente que ha pasado por planta, aparte del consabido drama humano, no es especialmente importante. Es decir, lo es, claro, pero no suele ir mucho más allá. Están locos. Son imprevisibles, a pesar de que una de las labores del psicólogo es esa, predecir. Ni siquiera suele pasar nada, aunque antes del alta se montase un circo como el que hubo en este caso.

¿Entonces? ¿Realmente no pasa nada? Bueno, depende. No se nos responsabiliza, claro. A no ser que la familia presente una denuncia, que no era el caso. Sin embargo, el que había hecho el diagnóstico definitivo no se libraba de un buen tirón de orejas, especialmente si en los últimos días había tenido un

comportamiento algo errático. No sé, algo como, digamos, dar una paliza a otro compañero o una cosa así.

Lo sabía, empezaba a estar marcado. Es decir, un poco más.

Y había algo que no se me iba de la cabeza. Aquellos ojos azul claro, aquella mirada psicótica. ¿Una advertencia? ¿Una llamada? ¿O nada en absoluto, nada más que nada en el cerebro? Si habría sido difícil saberlo antes, ahora ya resultaba más bien imposible.

Sin embargo, lo que pudiese haber imaginado se quedaba bien corto. El hospital se había convertido en un cabaret al son del nuevo chisme, y el

redoble de platillos final lo darían con mis pelotas.

El asunto no iba a trascender a nivel legal, pero internamente aún no tenían muy claras las consecuencias. Los de personal y los pesos pesados de la planta aún se preguntaban qué narices hacer con el energúmeno que la había pifiado y que estaba perdiendo la cabeza a ojos vista.

Menuda jodienda.

Y la bola de mierda rodaba y rodaba. Todo el mundo aprieta cuando uno está en las últimas, y ahora andaban echando un ojo a mi historial, aunque no hacía falta. Cualquiera recitaría del tirón mis pecadillos, sólo que esta vez los miraban con lupa y parecían más grandes. Ya podían hacer lo mismo con...

En fin, que la planta era pura fiesta y diversión. Mientras los responsables afilaban cuchillos y ronchaban sus uñas pensando qué iban a hacer –si deshacerse del grano que les picaba en el culo o reconocer que generalmente era eficaz, haciendo la vista gorda-, los simples mortales se conformaban con chismorrear y divertirse a costa de mis cagadas y mi tambaleante futuro. Cabrones...

Quizá un poco por todo esto, no era de extrañar la expresión del coronel. No sabía a qué carta quedarse. Las dos bolitas negras de sus ojos eran pura pupila, símbolo inequívoco de excitación extrema –cosa que siempre imaginé imposible en él-. Los pelillos de su mostacho, tipo escoba, estaban de punta como antenas electrificadas. Incluso me pareció verlos chispear. ¿O era la incipiente espuma de su boca?

El caso era que, en definitiva, estaba muy, muy cabreado.

–¿Pero qué cojones pasa con vosotros? –gruñí.

Mi pregunta lo desconcertó; no sabía qué responder. Y menos mal, porque eso era todo lo que tenía planeado. No hay mejor defensa que un buen ataque. Y en mi caso, la verdad es que no había mucho más. No sabía qué cojones alegar en mi favor.

Desgraciadamente, la confusión no podía durar mucho. El jefe había lidiado demasiados morlacos como para ahogarse en mi cortina de humo. Así que un profundo sonido emergió de su cavernosa tráquea y comenzó a bufar y rugir. Y salpicar.

–¿Qué qué hacemos? Pues taparte el culo para que no te jodan por negligente. Eso hacemos. Y no me hagas arrepentirme. Ahora, esta es la última vez que se te ocurre hablarme así, ¿estamos?

¡No íbamos a estar! Un coronel de mala hostia no es un gatito en celo, que digamos, aunque ambos te jodan como te descuides. Y lo que tenía en la garganta no era una corbata. Al menos, no de seda.

–Llevas haciendo lo que te da la gana demasiado tiempo, y ahora encima te permites el lujo de firmar informes sin poner la más mínima atención.

–¿Eso quién lo dice?

–Tu compañero, el que te pidió que te centrases.

–Pero es que está cabreado por... –creí más prudente no terminar la frase, pero ya era demasiado tarde.

–Por la paliza que le diste. Otra de tus gloriosas hazañas de últimamente. Mira, no sé qué coño te has creído que eres. Trabajas bien y tienes un instinto que ya quisieran otros. Pero es que esas osas brillan por su ausencia desde hace algún tiempo. Y la culpa es mía por no haberte dado un toque antes, pero, la verdad, esperaba que espabilases.

–¿De qué me está hablando?

–De tu actitud.

–¿De mi actitud?

–Sí. No encaja aquí.

–¿Se ha matado una paciente y lo único que le importa es mi actitud? ¿Pero qué cojones pasa aquí? ¿Qué pasa con usted?

–¿Qué forma de hablarme es esa?

–¿Le resulta raro? A lo mejor es que no suele oírlo. Es la forma de hablar de alguien que habla claro. Sólo que eso no se estila por aquí, no... Hay que tener cuidado con lo que se dice, guardar las formas, cerrar filas, disciplina militar. Podemos cagarla, pero disciplinadamente, sin salirnos de la línea. Veo a diario patanes cagándola, pero son buenos oficiales, así que...

–Estás desvariando –me cortó el coronel. Probablemente tenía razón, pero en su momento me parecía bastante coherente lo que farfullaba—. Has perdido los papeles, y lo has hecho hace tiempo. Pero ya está bien. Estoy harto. Ahora mismo te vas a tomar por culo y no vuelvas hasta que se te avise. Y que te quede bien claro: no es que me importe más tu actitud que esa muerte; es que tal vez por culpa de tu actitud no pudimos

evitar que muriese. ¡Madura de una puta vez!

XI

Bien visto, supongo que aún podía sentirme feliz. No era fácil que me echaran del hospital, pero tampoco tenía que trabajar. Además, mi bolsa

de maría estaba a rebosar, con lo que la jornada prometía.

Preparé un petardo suave y me senté en el sofá del salón, observando cómo las volutas de humo se pegaban a la ventana. Al otro lado, el hormiguero despedazaba su ración de acero y cemento diario, mientras el naranja se extendía por todo el cielo. Era un bonito atardecer. Bonito y plácido.

Sin embargo, no llegaba a resultar perfecto.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en que madurase? ¿Qué sentido tenía en realidad ese mensaje? ¿Acaso no era encantador tal cual? Por lo visto, no tanto como creía; corrijo, no tanto como me habían hecho creer. ¡Cabrones!

Sabía que no debía pensar en ello. Eran demasiadas noticias contradictorias, y esto, ya se sabe, conducía a la neurosis experimental. Pero no podía evitarlo. En contra de la opinión pública, yo pienso, y bastante, así que mi cerebro comenzó a volar él solito.

¿Qué había pasado por alto con la chica? Era un procedimiento rutinario; lo había repetido hasta la saciedad. ¿En qué había fallado? ¿Había sido excesivamente confiado? ¿Me había convertido en un chupóptero que cobraba por despachar personas como listas de ganado y, encima, ni siquiera podía hacer eso bien? ¿A qué venía mencionar mi falta de constancia con la música?

Demasiadas preguntas, demasiada confusión. Necesitaba un Martini con Pulco.

Fui al mueble bar, una auténtica maravilla, y me serví el vermú blanco con dos hielos y un chorro de cítrico natural. Después puse un disco de U2. El mundo no había mejorado con ello.

Preparé un nuevo cigarro de maría, esta vez sin tabaco, y me volví a sentar.

Ahora la ciudad era negra y amarilla. Me sentía a tono con su soledad.

La calma llegó, relajando todos mis músculos. Incluso el cerebro.

Las lucecillas se movían con un sonido amortiguado. Podría haber llovido e incluso hecho calor, y habría sido feliz. Pero entonces ocurrió.

Pequeños detalles. Un tintineo, un brillo metálico en un lugar fuera de lo común.

Al principio no le di importancia. Me costaba fijar la vista. Pero al fin llegó la certeza. Ahí estaban, escondidas entre la maría en el pequeño tarro de cristal. Dos balas.

Un sudor frío sacudió todo mi cuerpo, erizándome la piel de la nuca a los pies. Noté cómo el corazón comenzaba a acelerar su marcha y mi vista se nublaba, aún más, con pequeños puntitos de colores.

Tragué saliva y apenas acerté a mirar a mi alrededor sin mover la cabeza. Notaba cada músculo en tensión, como forrado de plomo. Aun así, logré salir del molde pesado que se me había caído encima con el pánico y me incorporé. Observé

lentamente el salón. Parecía más estático que antes; no en calma, sino acechante.

Nada estaba fuera de lugar, aparentemente. Con un esfuerzo sobrehumano, logré dar un paso, recorriendo palmo a palmo la estancia. Nada. Todo en su sitio, manteniendo el orden entrópico de costumbre.

Después me encaminé a la puerta del salón. El aire parecía más frío, metiéndose en mi cuerpo y calándome hasta los huesos. Recorrí una a una las habitaciones. Nada. Ningún nuevo indicio... Así que regresé al cuarto de estar, cogí el tarrito y encaré aquellas dos piecitas de metal, brillantes tras el cristal oloroso de marihuana. La certeza me hacía temblar como un viejo cargado de crack. Había estado allí. Quienquiera que fuese el bromista –si es que aquello era una broma, y ya empezaba a pasarse de rosca- había estado en mi propia casa, y eso no pintaba nada bien. ¿Qué narices era todo aquello?

Un ruido me hizo brincar con un gritito agudo y vergonzoso. El timbre.

Me tomé un par de segundos, respirando hondo, y dejé el tarro en una mesita.

Aturdido aún, sin apartar la vista de aquel pequeño objeto, me arrastré zánganamente y a regañadientes, ringlado por la descarga de adrenalina, y abrí la puerta.

Ahí estaba, como una estatua de sal, pero notablemente más soso. Era el chico que me había tocado las narices en el hospital. ¿No había tenido ya suficiente? No; parecía que no. Allí estaba, nervioso bajo su pintilla cachazuda y silente. Insaciable, por lo visto, a la hora de darle vueltas a aquel tema.

Antes de que pudiera hablar, le di un portazo en las narices.

Los siguientes cinco minutos consistieron en el incesante ruido del timbre. Así que, convencido de que no me iba a librar de aquella mosca cojonera, acabé por dejar franca la entrada a mi encantadora morada. El chico pasó frotándose la punta enrojecida de su probóscide aguileña.

–Gracias –gruñó.

–¿Por qué no has llamado antes? Espero que no hayas tenido que esperar...

Una mirada glacial saltó de sus ojillos colegiales, congelándome mientras nos sentábamos en el salón. Me dio miedo.

–¿Te apetece tomar algo?

–No, gracias.

–Vamos, no seas tímido. ¿Qué quieres?

–¿Tiene algo de chocolate?

Un tanto perplejo, abrí un tarrito metálico de galletas y saqué una bellotita considerable.

–No, no –corrigió azorado–. Quería decir un batido o algo así.

–¿Un batido?

–O Cola-caó...

–¿Me tomas el pelo?

–No.

–No tengo nada de eso, pero si quieres una cerveza...

–No, gracias.

Fui a la cocina y cogí una lata para mí. De vuelta al salón, vi que el chico sostenía un papel en la mano.

–¿Qué tienes ahí?

–Algo que quería enseñarle. ¿Le importa echarle un ojo?

Me senté y cogí el papel. La primera impresión vino con su extraña caligrafía. Saltaba a la vista que había algo raro. Luego comencé a descifrar sus intrincadas palabras. Poco a poco, un escalofrío me puso la carne de gallina.

“Ya viene el caballo salvaje. Ha dormido mucho, pero se ha despertado y viene a por mí. Tengo miedo. Lo he visto destrozar huesos y beber sangre con los ojos como cristales rotos, y ahora los está clavando en mis uñas.

Lo he visto. Los demás no se dan cuenta, pero me mira diciéndome que ahora me toca a mí. Me lo dice con los párpados chorreando de sangre, como bolsas de muerte, llenos de insectos, y se hincha y se vacía. Y me mira.

Tengo miedo. Por las noches me escondo, pero no sirve de nada, él lo huele todo, huele mis pies en las baldosas y va a encontrarme. Sabe encontrarme. Y cuando me encuentre, destrojará mis huesos, se reirá con mis gritos, sudaré rota, y se reirá más, porque estaré muerta.”

Tengo miedo, porque el caballo salvaje ha despertado y viene para matarme.”

Tragué saliva con dificultad, tratando de reaccionar.

–¿Es de ella? –pregunté.

–Sí.

–¿Cómo lo has conseguido?

–Me di cuenta de que no lo había llevado después de una de las sesiones. Lo tenía en la carpeta y se me pasó devolverlo. De hecho...

–Se te pasó evaluarlo –sentencié.

–En realidad no se lo mandé yo. Lo cogí un día que perdió de vista la carpetilla que llevaba siempre encima. Se la dejó en una mesa, mientras hablaba con el comandante, y pillé esta hoja. Quería devolverla, pero se me pasó.

–Pues ya no hace falta. Te la puedes quedar. El crío pareció revolverse antes de continuar.

–No es eso lo que me preocupa.

–¿Ah, no? ¿Qué te preocupa, pequeño saltamontes?

Me miró extrañado, luego volvió a coger el papel y se agitó como tratando de explicar algo obvio al gañán más obtuso del mundo.

–Pues... me preocupa lo que pone aquí. Dice claramente que tiene miedo de alguien. Lo describe casi. Usted estaba convencido de que no se suicidaría... en fin, no sé. ¿No le parece raro?

–¿Raro? Lo que describe es una alucinación.

–Sus alucinaciones eran auditivas, no visuales... Aquí describe imágenes. Además, el miedo y todo lo demás resulta más o menos coherente.

–¿Y si en realidad era un trastorno delirante... una paranoia? Sus fantasías suelen ser consistentes, bien construidas.

–Entonces hubo un error de diagnóstico.

–Bueno, de hecho también dije que no se mataría y parece que me equivoqué.

El chaval volvió a moverse incómodo en su sitio. Luego me clavó una mirada en la que se mezclaban la inseguridad y la inquietud; un cóctel explosivo.

–¿Y si su diagnóstico era cierto? No hay persona más vulnerable que un loco al que nadie va a creer, aunque esté avisando de que lo van a matar. No hay nada más fácil. Ni más impune.